

OBRA MALTRA
DEL
CINE

7



El pobre
Valbuena' por
Gil Varela

25
cts.



BUCHS, Jne

Año I — N.º 30

Barcelona,

25 de mayo de 1924

Redacción y
Administración

Pelayo, 62

Tel. n.º 4.28 A

OBRAS MAESTRAS
DEL

CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL

Suscripción:

España 3 pts. tri.
Extr. 17 » año

En el momento en que la
revista « EL CINE »
España 2'50 m. t.
Extr. 15 » a.

N.º 15 » a.
Extr. 25 » a.
Extr. 50 » a.

DIRECTOR-PROPIETARIO: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

El Pobre Valbuena (1923)

según la película del mismo título, magistralmente
interpretada por

GIL VARELA

Edición FILM ESPAÑOLA, S. A. - Madrid

Concesionario: EDUARDO GURT

Rambla de Cataluña, 62 - Barcelona

Tel. 667 G - Telegramas CINETO

I

En una de las más típicas calles de los barrios bajos de Madrid, tenía Paca instalado un salón peinador de señoras.

Era Paca una mujer de muy buen ver, simpática y hacendosa, que había logrado acreditar su establecimiento, al que acudía lo más escogido de la barriada.

Salustiano, esposo de la Paca, era uno de esos hombres indefinibles, que han sabido resolver el difícil problema de vivir sin trabajar, aun a costa de perder su propia personalidad. En efecto, el señor Salustiano no era más que *el marido de Paca*. Esta llevaba el peso de la casa y llevaba también, como vulgarmente se dice, los pantalones.

Aquel día era de movimiento en el salón peinador. Paca y las oficiales estaban atareadísimas atendiendo a las parroquianas, que exigían un cuidado especial en el arreglo de sus peinados, pues por la noche querían asistir a la «kermesse» que, organizada por Salustiano y dos compinches suyos, se celebraba en la Ronda de Embajadores. Entre los números anunciados en el programa de la fiesta figuraba un concurso de peinados y todas se disponían a presentarse y *oposicionar* a los premios.

Hasta Ludgarda, una parienta de la Paca que hacía ocho días había llegado de Guadalajara, soñaba con dar el golpe en la verbená. Aunque había traspuesto ya los cuarenta y tenía poco que agradecer a la naturaleza, pues era flaca y desgarrada, manifestaba unas pretensiones verdaderamente primaverales...

—¡Hola!, otro peinadito, ¿eh?—la dijo Salustiano al entrar en el salón.

—S—contestó la interpelada con la mayor presunción—, me lo he cambiado, porque las cocas no le dicen nada a mi cara.

—No le dicen nada porque son muy prudentes—replicó Salustiano con sorna.

—¡Guasón!—respondió Ludgarda. Y sin hacer caso de las risitas más o menos disimuladas de la concurrencia, añadió:

—¿Y qué nos dice usted de la *kremés* de esta noche, Salustiano?

—¡Que va a ser *monstrua*!

Y el marido de la Paca se puso a explicar los detalles del festival. Habría tómbola, concurso de peinados, cucaña, Tío vivo, baile y *lunche*. ¿Qué más podía pedirse?

—Con decir a ustedes que uno de los organizadores, puede decirse la cabeza directora, es Valbuena, ya está dicho todo—resumió Salustiano.

—Pero ¿quién es ese Valbuena—preguntó intrigada Ludgarda—que desde que estoy aquí no oigo más que hablar de él?

Todos a coro comenzaron a cantar loas en honor del nombrado. ¡Valbuena! ¡Pues ahí era nada!... Un santo, un infeliz un prodigio de habilidades, un estuche... Cada uno de los presentes se esforzaba por hacer su panegírico.

—Nosotros le queremos muchísimo—afirmó Paca.

—Yo daría por él hasta la vida—añadió su marido.

—¡Si vieraís qué útil, qué simpático y qué servicial es! Lo sensible es que al pobre le dan de vez en cuando unos accidentes, que es una pena. A lo mejor estás hablando con él y de pronto ¡blum!, le da un espasmo y caería redondo si no lo cogiéramos en los brazos...

—¡Ay, qué lástima!—comentó Ludgarda.

—¡Y que nadie sabemos cuál es su mal!

Valbuena era uno de esos hombres de recursos ilimitados, que lo mismo sirven para un *barrido* que para un *fregado*, que saben un poco de todo y realmente no dominan nada. Y aunque para esa clase de gentes se ha es-

crito aquello de que «quien mucho abarca, poco aprieta», lo cierto es que esas especies de enciclopedias en rústica saben vivir, que no solamente es algo, sino mucho, por no decir todo.

Era Valbuena profesor de guitarra, componía cosas tan heterogéneas como tangos y loza, hacía romances para ciegos, pintando crímenes espeluznantes, construía jaulas para grillos, y, además, según aseguraba Salustiano, era electricista, arreglaba relojes y cabezas de ministros con cartón viejo, elaboraba los más raros perfumes y educaba mirlos en quince lecciones...

Aquella mañana se dirigía nuestro hombre a casa de su inseparable Salustiano para cambiar las últimas impresiones sobre la fiesta de la noche, cuando al desembocar en la calle donde estaba situado el salón peinador de Paca, tuvo un mal encuentro.

Tres meses atrás el marido de la *señá* Silveria, una *ilustre* fiadora del barrio, le había dado el encargo de que le vendiese dos mantones de Manila que habían *vencido*, y Valbuena no tuvo inconveniente en hacer la comisión. Dió los pasos al efecto, que no fueron pocos según propia declaración, y al fin los endosó a una señora en setecientas pesetas, dejando ésta a deber una pequeña parte de la cantidad.

Precisamente el marido de la Silveria fué a quien tropezó el simpático Valbuena. Quiso hacerse el desentendido para no entrar en explicaciones con él, pero no le valió la treta.

—Oiga usted, Valbuena; venga acá. Todavía estoy esperando que me abone usted aquel residuo pendiente de la venta de los mantones.

—Pues mire usted, todavía no he podido co-

brarlo. En cuanto lo efectúe, iré a llevarle el dinero.

—A mí déjeme de pamplinas. Usted págueme lo que me debe y lo demás es cuenta suya.

—¡Pero, hombre! Espere a que yo cobre y entonces tendrá lo suyo.

—¡Bueno, bueno! ¡Basta de tonterías! O me hace usted efectivo el residuo, o...

—¡A mí no me venga con bravatas y reclamaciones! Porque a mí Prim...

Por toda contestación el marido de la *señá* Silveria atizó a Valbuena un soberbio puñetazo en las narices.

Este cayó redondo al suelo, presa de uno de aquellos accidentes producidos por su desconocido mal.

A pesar de ello el irritado reclamante siguió propinándole una soberana paliza.

La gente corrió, se arremolinó, chilló..., y acudieron los guardias logrando sujetar al iracundo.

El vocerío de la calle y los gritos de ¡Socorro! ¡Guardias! ¡A ese! ¡Que lo matan!, proferidos por el público, llegó hasta los que estaban reunidos en el salón peinador, que corrieron al balcón curiosos de saber lo que ocurría.

—¡Es una riña!

—¡Vaya vapuleo! ¡No le quedará polvo!

—¡Anda diez!—exclamó de pronto Salustiano con el mayor asombro—. ¡Pero si es Valbuena que le están pegando! ¡Y que le ha dado el accidente!...

—¡Granuja! ¡Gallina!—increpaban los del balcón.

—¡Pegarle a un accidentado!—gritaba indignada la Paca.

Salustiano bajó a la calle y recibió en sus brazos el cuerpo del tundido Valbuena. Entre él y un guardia lo subieron hasta el piso y lo sentaron en una silla.

Venía Valbuena lívido y descompuesto. Al reaccionar de su desmayo pasábase el pañuelo por las doloridas narices, temiendo, sin duda, que hubiese habido hemorragia.

—¡No, nada!—decía aún agitado y tembloroso—. ¡No asustarse! No tiene importancia.

—¿Pero qué ha sido?

—¿A qué ha venido la riña?

Valbuena explicó el origen de la disputa, y terminó:

—Oír lo de *Prim* y dejarme dormidas las narices de un puñetazo, todo fué uno.

—¿Y por qué le ha contestado usted mal?

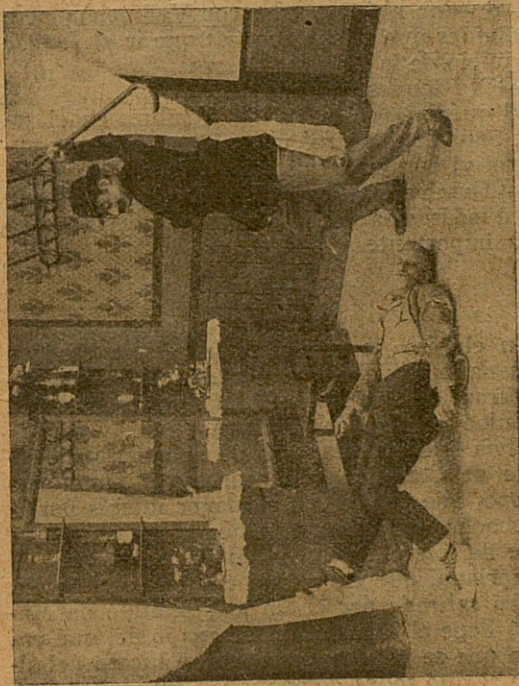
—¡Si lo que yo quería decir es que en *Prim*, 17, vivía la adquirente de los mantones!

—¡Pobre hombre!—dijo muy compungida Ludgarda.

También había acudido aquella mañana al salón peinador, una muchacha llamada Hilaria, a quien Virginio, su marido, daba una vida perra. Mujeriego, pendenciero y maltrabaja, era la cruz de la pobre Hilaria, que salía a disgusto diario con su marido.

Aquel día, a las doce, había de celebrarse un juicio de faltas contra Virginio y su mujer venía a suplicar a Paca que Salustiano, que estaba citado como testigo, declarase en contra del enjuiciado, para ver si éste escarmentaba de una vez.

Prometióle Paca que así lo haría su marido;



—¡Aaa!—mugió Valbuena, desplomándose violentamente

y al terminar el trabajo y retirarse a las habitaciones interiores para terminar de coser una falda para la kermés de la noche, recomendó a Salustiano:

—Bueno; ahí te quedas con Valbuena; pero no olvides que a las doce *tiés* que ir al *Juzgao* *pal* juicio de la Hilaria.

—¡No tengas cuidado!

Al quedarse solos los dos hombres en el salón, Salustiano acercó una silla a la de su compadre, y, con gran misterio, dijo a Valbuena:

—¡Gracias a Dios! ¡Estaba deseando que nos quedásemos solos! Tengo que decirle algo muy importante...

II

En el piso de arriba de la misma casa de Salustiano, vivía una mujer estupendísima, según frase del marido de Paca, que respondía al eufónico nombre de Cipriana.

Vivía ésta en compañía de una tía suya, especie de Celestina y cancerbero a un mismo tiempo, que velaba con el mayor interés por la muchacha, aunque no estaba muy claro qué clase de *interés* la movía en sus cuidados.

Cipriana, que en verdad era una real moza, estaba *retirada* por el tío más temible de Madrid, Pepe el Tranquilo, un *guapo* del que era fama que se pegaba hasta con el lucero del alba y al que todos demostraban un *respeto*, no muy espontáneo por cierto.

La misma Cipriana le temía más que a una tormenta, pues cuando se le subía la mosca a la nariz, era capaz de la mayor atrocidad.

Sin embargo, ese temor no era obstáculo pa-

ra que con todas las precauciones y recatos imaginables, mantuviera Cipriana relaciones íntimas con Virginio, el marido de Hilaria, que había sabido con su arte de seducción llegarle a las entretelas...

Salustiano *atisbó* un día a la gentil entretendida y quedó perdido por los pedazos de la hermosa hembra.

En cuanto la sentía bajar la escalera, se hacía el enconradizo con ella y la dirigía los más insinuantes requiebros y las más variadas galansterías de su repertorio.

Cuando la adivinaba en el piso, subía los tramos con el mayor silencio y casi a gatas se llegaba hasta la puerta de la descada aplicando un ojo al ídem de la cerradura, se extasiaba en la contemplación de las ebúrneas formas de la hermosa. Alguna vez estuvo a punto de ser sorprendido en posición tan poco airosa por el detentador de Cipriana y tuvo que huir casi a rastras y temblándole todo el cuerpo por el miedo a ser descubierto por Pepe el Tranquilo, cuyas bromas sabía eran siempre *pesadas*.

Los requerimientos de Salustiano y sus suplicantes miradas y palabras, se estrellaron siempre contra la negativa rotunda de Cipriana a corresponder a sus pretensiones.

En vista de su fracaso, y no queriendo cejar en su intento, pensó en poder llegar a su objeto aunque fuera dando un rodeo. Y el rodeo no fué otro que buscar los buenos oficios de mediadora de la tía de la interfecta.

Al efecto esperó la ocasión de que ésta saliese sola de la casa y al tenerla frente a sí, la abordó resueltamente.

Pero la tía se mostró ofendida e indignada al escuchar los deseos de Salustiano.

Este, que esperaba los exabruptos de la celestinesca guardiana del tesoro que aspiraba a poseer, usó un argumento que rara vez falla en esta clase de personas y de ocasiones. Tiró de cartera. El efecto fué casi instantáneo. La tía desarrugó el entrecejo y después de ciertas consideraciones de reglamento, se prestó a hablar a su sobrina de las pretensiones de Salustiano y hasta prometió influir en su ánimo a favor del candidato a los encantos de aquélla.

Quedaron convenidos en que la tía le comunicaría por escrito el resultado de sus *gestiones*, a cuyo efecto, y convenientemente atada con un hilo, le descolgaría una carta por el balcón.

Y precisamente el mediodía de aquél en que Valbuena y Salustiano se disponían a hablar, después de reaccionar el primero del efecto de la paliza con que había sido obsequiado, era la hora señalada para el envío de la ansiada respuesta.

III

Salustiano se dispuso a hacer a su amigo Valbuena la revelación de su secreto amor por la vecina.

—Oiga, Valbuena. Estoy en un apuro terrible, y si usted, que es hombre de recursos, me salva, cuente usted con veinticinco duros.

Valbuena dió un salto en su asiento. ¡Veinticinco duros!

—¡Venga el apuro, hombre!—exclamó.

—Antes una confesión—indicó Salustiano a

su amigo—. Aunque usted vea que yo me hago el apático, mi temperamento es completamente *feminista*, señor Valbuena... Nada, que yo, hablemos claro, así que veo unas faldas, me alimbaro, créame usted.

—Pues servidor. chantill!... Franqueza por franqueza—replicó Valbuena.

Y el marido de la Paca, con el mayor entusiasmo y encarándose con su compinche, le espetó esta pregunta:

—Señor Valbuena, ¿qué hay en el mundo mejor que una mujer?

—¡Dos!—respondió aquél sin vacilar.

Rieron ambos largamente, y ya en la más franca camaradería, continuó Salustiano:

—¿No es verdad que congestionan?

—¿Que si congestionan? El otro día salí a facturar un encargo, y en la calle de la Montera se me pone delante una mujer de esas que recozen de un modo *atentatorio*. Sin mirar dónde estaba, porque se me había ido la montera de la cabeza, le dije dos locuras, tiré detrás de ella, y yo, que iba a la estación del Norte...

—¿Fué usted al Mediodía?—interrumpió Salustiano.

—¿Al mediodía? ¡A las tres de la madrugada entraba en mi casa!

Volvieron a reir los dos amigos, hasta que tomando Salustiano un aire grave y misterioso, dijo a Valbuena:

—Oiga usted mi confesión, que es de abrigo... Tras ese techo que nos cobija, vive hace un mes la Venus de Medicis con una tía suya.

Y contó Salustiano detalladamente todas las incidencias de sus pretendidos amores.

—Y hoy me va a descolgar la misiva, dicién-

dome si puedo hablar con su sobrina esta tarde sin peligro.

—¿Pero hay algún peligro?

—¡Ya lo creo! Como que esa preciosidad está *monopolizada* por el tío más temible de Madrid, por Pepe el Tranquilo.

—¿Ese guapo que le pega a su sombra?

—¡Cabalmente!

—Ni una palabra más—dijo decidido Valbuena—. Váyase usted tranquilo. El asunto corre de mi cuenta. Yo me quedo de vigilancia mientras va usted al juzgado por si arrojan la carta. ¿No es eso lo que desea?

—Pero...

—Nada de peros. Teniéndome a mí a su lado, sonríase usted de valientes. ¡Yo soy invulnerable!

—¿Pero qué está usted diciendo?

—¡Vaya!—insinuó Valbuena confidencial—. Si usted amplía la suma ofrecida a doscientas pesetas, le hago a usted poseedor de un secreto para abrazar mujeres y reirse de los hombres sin peligro.

—Pues, ya lo creo. Venga—respondió Salustiano.

—¿Usted cree que soy neurasténico?—dijo Valbuena con cierto misterio.

—Claro que sí—contestó el preguntado.

—No hay tal cosa. Es mi martingala. En mi estado normal abrazaba yo antes a una mujer y me *desabrochaba* una mandíbula de una bofetada; pero inventé eso de los accidentes, y ahora me *derrumbo* en brazos de la que me gusta, preso de un ataque, y no hay ninguna que no me recoja en su seno, compadecida. Además. Me sale un marido celoso o un amante

iracundo, y en cuanto me levantan la estaca, doy dos convulsiones y me dejo caer. ¡Y a ver quién es el guapo que le pega a un accidentado!

—¡Magnífico! ¡Colosal! ¡Estupendísimo!

La conversación quedó interrumpida por la entrada de Paca, que fué a recordar a su marido la hora del juicio.

—Bueno—dijo Salustiano levantándose—. Valbuena se queda aquí, que tiene que esperarme para ultimar detalles de la *kermés*.

Al quedarse solos Paca y Valbuena, aquélla le preguntó si se encontraba mejor.

—Así, así, solamente.

—¡A mí me da miedo! ¡Como siempre que le da a usted el accidente me pilla sola!...

En esto entró en el salón Adelina, una preciosa muchacha que era la modista de Paca, a la que traía una chaqueta que había de estrenar por la noche.

—¡Mi madre, qué mujer más preciosa!—pensó Valbuena.

—¿Me traes la chaqueta?—díjola Paca—. Mira, espérate aquí y entro ahí dentro a ponérmela. Salgo enseguida.

Al quedar con la modista, Valbuena sintió turbado todo su ser y pensó en la *oportunidad* de uno de sus desmayos.

—¿Usted es *valladolisoletana*, joven, y dispense usted lo largo de la pregunta?—dijo acercándose a Adelina.

—No, señor, soy gata. Nacida en la calle de Mira el Río.

—Sí, mira el río, ¡para eso estoy yo!—pensó nuestro hombre.

—Y usted, ¿es madrileño?

—No, señora, yo soy de... ¡Ay!... ¡Ay, joven!... ¡Que me caigo!—iba diciendo entrecortadamente Valbuena, pasándose la mano por la frente y vacilándose el cuerpo—. Es que me dan unos accidentes y me... ¡Ay!... ¡Por Dios, cójame, que no me rompa nada!... ¡Aaah!...

Y se desplomó en los brazos de Adelina.

—¡Jesús divino! ¡Paca! ¡Este hombre se me muere!—clamaba la modista aterrorizada.

—¡Aaah!... ¡Aaah!—continuaba *convulsionándose* Valbuena, mientras en cada fingido espasmo iba *tanteando* el cuerpo de la muchacha.

Paca salió precipitada al salón.

—¡El accidente! ¡Pobre hombre! ¡Tráelo, tráelo!

Y Valbuena pasó a los brazos de Paca.

—¡Esto es más sólido!—decía entre sí el arovechado, apretando a la peinadora a conciencia.

—¡Y es de los fuertes! ¡¡Angelita!!—gritó Paca.

Salió la llamada, una de sus oficiales.

—Ven, córemelo, que voy por el éter.

Y el *accidentado* cambió nuevamente de brazos.

—Esta es delgadita, pero de las que engañan—pensó el taimado.

—¡Aaah!...—segua entre tanto, y no contento con una, volvió a cogerse a Adelina, que sentada a su lado, seguía acobardada la escena.

Apareció Ludgarda, que a su vez fué requerida para cargar con el atacado. Este, al ver cerca de sí a aquel esperpento, fingió una última convulsión.



—Nada, que se conoce que los hipnotiza. ¡Buena! ¡No te grito, príncipe!

—No, gracias. ¡Ya se me ha pasado! Ahora con el aire me aliviaré del todo.

Ludgarda, muy contrariada, pensaba:

—Siempre llego tarde, ¡seré desgraciada!

Ya más tranquilo Valbuena, se retiraron sus enfermeras al interior de la casa. Al hacerlo Ludgarda, se le acercó y le dijo mimosa:

—Si le repite, llámeme usted a mí. Mi gracia es Ludgarda.

—¡Maldita sea tu gracia!—exclamó Valbuena, cuando aquélla desapareció. Y salió al balcón, pues con su *accidentado accidente*, realmente le hacía falta tomar un rato el aire.

Poco después entraba Pepe *el Tranquilo*, quien enterado de que Salustiano venía requiriendo de amores a Cipriana, venía dispuesto a liquidar la cuestión con sus argumentos *contundentes*.

—¡Ah del salón!—gritó dando un fuerte golpe en el suelo con su enorme bastón.

—¿Quién es?—dijo asustado Valbuena, entrando del balcón.

—Un modesto *si que* humilde servidor.

Al enterarse Pepe *el Tranquilo* de que no estaba Salustiano en la casa, y por hacer tiempo, preguntó por las condiciones y precios para peinar a su señora.

—¡Ah! es usted un parroquiano—y tomando una tarjeta de uno de los espejos se la entregó a Pepe, disponiéndose a hacer la reclame de la casa.

En esto apareció en el balcón colgando de un hilo la carta esperada por Salustiano.

—¡Anda, diez, la misiva colgando!—dijo entre dientes, y añadió alto:—Con el permiso de usted voy a...

—¿Qué es eso?

—Nada. Una cartita de una vecinita... Cosas de hombres... El conduño que... ¡Y que la chica lo vale!...

—¿Casada o soltera?—dijo Pepe, moviendo significativamente la estaca.

—Intermedia. Está amistanzada con ese bestia de Pepe *el Tranquilo*. Quizá le suene a usted...

—Me suena, me suena...

Valbuena fué a coger la carta. Apenas entró en el salón, Pepe *el Tranquilo* le agarró violentamente de las solapas, le quitó la carta y le zarandeó como a un dominguillo.

—¡Caballero! ¡Esa carta!... ¿Con qué derecho...?

—¿Sabe usted con quién está hablando? ¡Pues con Pepe *el Tranquilo*!

—¡Aaah!—mugió Valbuena, desplomándose violentamente.

—¿Qué es esto? ¡Le ha dado un mal!—dijo contrariado Pepe, que va se disponía a vapulear a Valbuena—. ¿Y quién le pega a un accidentado? ¡A ver qué dice la cartita!

Leyó: «La Cipriana se niega en absoluto. Esta noche iremos a la *kermés*.»

—¡Está bien! ¡Volveré! Y en cuanto me eche a la cara al señor Salustiano, ¡lo deslomo!—y se fué a la calle.

Valbuena se sentó en el suelo y dijo para sí:—He perdido un amigo, porque el señor Salustiano sucumbe a manos de este bárbaro. ¡Lo liquida!

IV

Bien ageno a lo que ocurría en su casa, Sa-

lustiano estaba a aquellas horas declarando en el Juzgado en el juicio de faltas contra el marido de la hilaria. Virginio se defendía ante el Juez y éste llamó luego a Salustiano para que declarase.

—Créame usted, señor Juez. La culpa es de éste—dijo señalando a Virginio—que da una vida imposible a esta pobre mártir.

El acusado le miraba con ojos centelleantes.

Cumplidos los trámites legales, el Juez pronunció las palabras de ritual: «Terminada la vista», y sin duda para hacer honor a la frase del funcionario público, no bien éste se hubo retirado, se abalanzó Virginio sobre el marido de la Paca y le atizó un certero puñetazo en un ojo.

Corriendo salió hacia su casa el lesionado, quien contó lo sucedido, entre gritos de protesta de los oyentes, especialmente de Paca, que estaba verdaderamente furiosa.

Cuando se hubo apaciguado el vocerío, y mientras las mujeres preparaban la comida enteró Valbuena a su amigo de la agradable visita que había tenido.

—Lo mejor que podemos hacer es correr ligeros y *pirar*, aunque sea a Ilo-Ilo. Ese animal cumple sus amenazas.

—¡Vamos, que se enfría la sopa!—invitó Paca a los compinches, que entraron en el comedor.

Quedóse un momento buscando por entre los tocadores las llaves de la alacena.

—¡Ah, del salón!—dijo entrando Pepe *el Tranquilo*, acompañando sus palabras de un terrible golpe de su bastón en el suelo.

—¡Jesús!—se volvió Paca asustada—. ¿Qué se le ofrece a usted?

—¿Es usted la condueña?

—Servidora.

—¿Está su esposo de usted?

—Sentándose en la mesa.

—Pues haga el favor de indicarle que salga un momento, que está aquí Pepe *el Tranquilo*.

—¡Señora Paca! Dice la Ludgarda que las llaves...—salía a advertirla Valbuena. Pero al ver al visitante quedó desconcertado.

—¡Aaah!...—gritó, cayendo pesadamente al suelo.

—¿Otra vez? ¡Maldita sea!—dijo rabioso *el Tranquilo*.

—¡Salustiano!—llamaba Paca—. ¡Valbuena con el accidente! ¡Tráete el éter!

Acudió su marido con la mayor presteza.

—Ven, ayúdame... ¡Ah!, oye, ese señor te busca; dice que se llama Pepe *el Tranquilo*.

—¡Aaah!—rugió Salustiano, cayendo como Valbuena cuan largo era.

—¡Dios mío!—clamaba aterrada Paca— ¡Salustiano! ¿Qué tienes?

—¡Este también!—dijo asombrado Pepe.

—¡Pero si nunca le ha dado!—afirmaba Paca, reclamando el auxilio de las demás mujeres.

—Nada, que se conoce que los hipnotizo. ¡Bueno! ¡No tengo prisa!

Y sentándose en una silla sacó Pepe *el Tranquilo* un fajo de diarios dispuesto a aguardar a que reaccionaran los accidentados.

Se llamó al médico de la casa de socorro, quien aplicó a los pacientes unos sinapismos en las piernas, y después de ordenar los cuidados que habían de prodigárseles, terminó diciendo

que aquello lo mismo pod'ía durar dos horas que hasta el día del Corpus.

En vista de que el ataque no se les pasaba Pepe el *Tranquilo* se levantó muy serenamente y dijo para su capote:

—Pues nada; no corre prisa; ya los cogeré en el uso de sus facultades.

Dobló el diario que estaba leyendo, fué... y no hubo nada.

V

—¡Hola, hombre! ¿Has vuelto ya?—dijo a Valbuena Bibiana, su mujer, que aunque no muy joven todavía estaba frescota y apetitosa—. ¡Eso de que tardes todos los días, va picando en historia!

—¡Ya lo creo que va picando!—se le escapó decir a Valbuena, a quien los sinapismos habían levantado ampollas.

—¿Qué dices?

—Nada.

—Hace un rato que tienes ahí esperando a los ciegos, que quieren que les oigas el *Pom-pom*.

—Es verdad que los cité para las seis. Pues díles que salgan.

El *Pom-pom* era un tango, al que Valbuena había puesto la letra, el importe de cuyo trabajo venían los ciegos a pagarle, queriendo además que se lo oyera cantar para ver si le daban el matiz conveniente.

Bajo la dirección de Valbuena entonaron los ciegos el tango de que era coautor.

—¡Al pelo! Esta noche van ustedes a tener un público enorme.

—¡Así sea!—Y para celebrar el presunto éxito invitaron a Valbuena a unas copas.

No habr'a aun doblado la esquina de la calle, cuando llegó Salustiano a la casa, a quien atormentaba horriblemente el picor de los sinapismos.

—¿Me hace usted el obsequio de decirme si vive aquí un sujeto que se llama Valbuena?

—Es mi marido—respondió Bibiana—. Si quiere usted esperarlo, no tardará.

—Tanto gusto y muchas gracias. Esperaré.

Salustiano miraba a Bibiana y pensaba que era una mujer de pronóstico reservado... ¡Vaya cutis! ¡Y vaya curvas!

—¡Si yo tuviera valor y Valbuena tardara un poco!...—decía para sí.

Pidióle un vaso de agua que Bibiana se apresuró a servirle.

Lo tomó Salustiano y fué bebiendo el agua pausadamente.

—¡Qué fresca!—díjola intencionado y picaresco—. Bebo a sorbitos porque... padezco de... me dan así unos mareos como los que le dan a su marido de usted.

—No ahora ya no—respondió ingenuamente Bibiana—. Le daban antes, cuando yo era soltera.

—Pues mire; a mí me han empezado a dar hace poco... y como he venido corriendo... y el sol pica... y... ¡Ay!

—¿Qué es?

—¡Cójame usted el vaso!... ¡Qué mareo!... ¡Qué me da!... ¡Que no sé!... ¡Aaah!...

Fingió Salustiano dos o tres convulsiones y cayó en brazos de Bibiana.

—¡Jesús! ¡Como los que le daban a Valbuena!

—¡Aaah!...—seguía aquél, apretándose cada vez más a la rolliza jamona.

En esto volvía ya Valbuena y al ver aquel cuadro, exclamó:

—¿Qué es eso?

—Un amigo tuyo que se me ha desmayado en los brazos—contestó jadeante Bibiana.

—¿Quién?... ¡Contra! ¡El señor Salustiano! Trae. Ya sé lo que tiene. Déjamelos y vete.

Y dirigiéndose amenazador a Salustiano, añadió:

—¡Hombre! ¡Pod'a haberse usted ido a ensayar con una tía suya!

—¿Dónde estoy?—dijo Salustiano poniendo en blanco los ojos.

—Está usted aquí por casualidad; pero debía usted estar en la casa de socorro.

—No. si es de veras, Valbuena; si es que he perdido el sentido—. Y fingiéndose algo repuesto, continuó:—¿Y qué hacemos? ¿Dónde nos metemos esta noche que no nos encuentre el Tranquilo?

—En la *kermés*—respondió Valbuena sin vacilar.

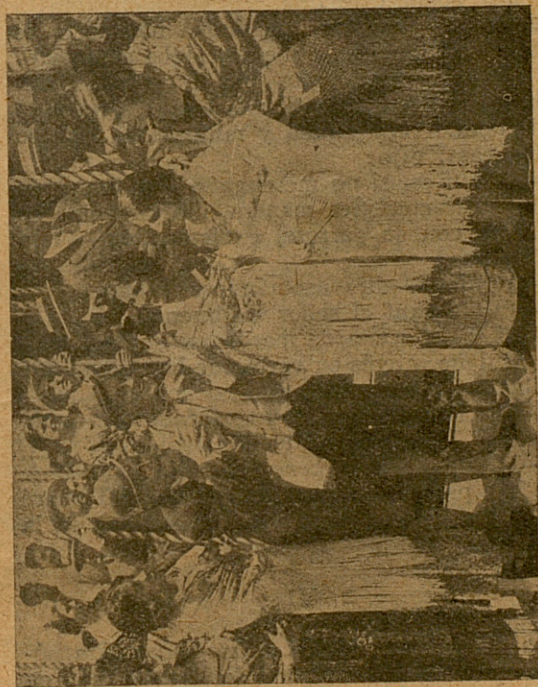
—¡Está usted loco!—arguyó Salustiano.

—¿Loco? Ese tío, seguro de que le huimos, nos buscará en todos los rincones, menos en los sitios públicos.

—¡Pues es verdad! ¡Es usted un talento!

En esto salía Bibiana de la casa con una taza de tila, para calmar los nervios de Salustiano.

—La tila para ti—dijo Valbuena a su mu-



jer—. Me voy con este amigo a la *kermés*; allí te espero.

Y los dos amigos salieron dispuestos a pasar una noche divertida.

Pepe *el Tranquilo*, que había inquirido las señas de Valbuena, y que no cejaba en su idea de dar a los dos amigos una *leccióncita práctica* de su arte de manejar la estaca, llegó a la calle donde vivía aquél, y mirando el número de la casa, dijo:

—¡Aquí es, si no me engaño!—y llamando con su característica manera, dió un golpe en el suelo con su garrote, exclamando:—¡Ah, de la casa!

—¿Quién?—dijo asomándose Bibiana.

—¿Vive aquí el señor Valbuena?

—Sí. Pero acaba de marcharse con un amigo. Si tiene interés en verle, me han dicho que se iban a la *kermés* de esta noche.

—Gracias. He tenido un verdadero...—concluyó *el Tranquilo* saludando.

—¿Con que a la *kermés*?—dijo para sí—. ¡Se han pasado de listos! ¡Muy bien! Tomaré un billete para la fiesta y... dos señoras en la viudez...

VI

La «Kermesse» estaba animadísima. Un público numeroso y compacto lo llenaba todo en medio de la más bulliciosa algarabía. Ellas ataviadas con los clásicos mantones de Manila; ellos con los *trapitos* de los días de fiesta. ¡Muha luz, mucha alegría, risas por doquier y alguna que otra copa de más en los cuerpos!

El baile estaba en su apogeo, cuando llegaron

Valbuena y Salustiano, quienes ocuparon, como organizadores, un sitio preferente en el tablado del jurado calificador del concurso de peinados, una de las atracciones de la fiesta.

Juntas llegaron Paca, Ludgarda y varias oficiales del salón peñador; Virginio y la Hilaria por su parte fueron también al festival, el primero con una cara de aburrimiento que crispaba los nervios de su mujer, y por fin Pepe *el Tranquilo*, acompañado de Cipriana y su obesa tía.

Hilaria y Virginio se sentaron a una mesa y pidieron unos refrescos. Pepe *el Tranquilo* y las dos mujeres se acomodaron en otra mesa, precisamente al lado de la que ocupaban los primeros.

La cara de malhumor de Virginio, se cambió en una expresión de contento al sentir la vecindad de Cipriana, con la que estableció seguidamente un contacto de codos...

El jurado se disponía a emitir su fallo y previamente desfilaron ante el mismo las *concur-santas*.

Hecha la calificación, Valbuena y Salustiano corrieron a comunicar a Paca el resultado.

—¡Chica! Te han adjudicado el primer premio.

Hubo plácemes y apretones de manos.

—¿Y yo no he sido agraciada?—preguntó Ludgarda.

—Usted no ha sido agraciada en su vida, señora—se apresuró a contestar Valbuena—. Sobre su cabeza se armó una gran discusión entre los miembros del jurado, y uno opinó que se cortase...

—¿Qué dice?

—Que se cortase la discusión y que se hiciese de usted una mención honorífica...

Después Valbuena y Salustiano fueron a dar una vuelta por el local de la fiesta. Al llegar junto al *Tío vivo*, Valbuena tocó en el brazo a su compadre.

—¡Vaya dos divinidades! ¿Vamos a decirles algo?

Se acercaron a dos preciosas muchachas.

—¡Viva la pubertad y la adolescencia!

Las mozas rieron el piropo, y hubo un tiroteo de frases equívocas.

—Las invitamos al *Tío vivo*. ¿Hace?

Subieron los cuatro y entre bromas y risas, púsose en movimiento el tinglado.

Pepe *el Tranquilo* divisó a los dos compadres y levantándose de su asiento se dirigió hacia donde estaban con la estaca dispuesta a actuar.

—¡Granujas! ¡Ahora os compondré yo!

Cada vez que, al rodar el *Tío vivo*, tenía a su alcance a los interfectos, descargaba en sus costillas un sendo garrotazo.

—¿Y quién se desmaya ahora?—decía Valbuena a Salustiano.

Al disminuir en velocidad el *Tío vivo*, se encaramó *el Tranquilo* y hubo una verdadera lluvia de palos.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Que nos mata!

Al escándalo de la riña, acudió la gente, que abandonó precipitadamente las mesas del improvisado cafetín.

La Bibiana, que en aquel momento llegaba a la fiesta, se acercó a los que disputaban y entre ésta y Paca sujetaron al *Tranquilo*.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es esto?

Valbuena y Salustiano dirigían miradas su-

plicantes a Pepe *el Tranquilo* para que no descubriera la causa de la paliza que les había propinado.

—¡Nada!—afirmó Pepe—. Que a estos señores les ha dado un accidente y he creído que a estas naturalezas débiles les vendría bien un reactivo. No se desmayan más en su vida, ¿verdad?

Los vapuleados hicieron gestos negativos.

—¿Con que accidentes, eh?—dijo Bibiana cogiendo a su marido por el cuello.

Virginio y Cipriana, que al abandonar el público las mesas, se quedaron sentados, aprovecharon el barullo y la confusión y cogiéndose del brazo salieron a la calle.

Calmado el tumulto que originó la agresividad de Pepe *el Tranquilo*, Hilaria y la t'acancerbero volvieron a las mesas en busca de sus acompañantes.

—¿Y mi marido?—dijo Hilaria al no encontrarlo en su sitio.

—¿Y mi sobrina?—¿Dónde se habrá ido?

Hilaria, dándose cuenta de lo ocurrido, volvió al lugar en que Pepe *el Tranquilo* decía, petulante:

—Y ahora a seguir divirtiéndose. Pero que no olvide ninguno que a Pepe *el Tranquilo* no se la pega nadie.

La mujer de Virginio, al escuchar las últimas palabras, saltó como un torbellino.

—¿Que no se la pega a usted nadie? ¡Y la mujer que ha traído para darse postín se ha escapado con mi marido!

A Pepe *el Tranquilo* se le hizo todo oscuro. La Hilaria, furiosa, y sin pensar lo que hacía,

se arrojó sobre él y le hizo correr más que de prisa a empujones y puntapiés.

Entre tanto, Bibiana, zarandeando a Valbuena y dándole violentos empujones, iba diciéndole:

—¡Vamos a casa! ¡Ya te enseñaré yo a accidentarte!...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Deseosa la empresa de EL CINE de corresponder al favor constante que el público viene dispensando a OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mud.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo los regalos a los números de la Lotería Nacional sobre los que recaigan los premios mayores.

Los regalos consisten en un artístico retrato de gran tamaño, con un precioso marco, de uno de los más populares actores cinematográficos, al poseedor de la postal cuyo número sea igual al que corresponde el primer premio, y dos elegantes cajas de polvos de arroz Kram, que son los preferidos por las más bellas artistas de la pantalla, a los poseedores de las postales cuyos números sean iguales a los premiados con el segundo y tercer premios.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya de los números premiados.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Babu, el bolchevique* (extraordinario); postal de Thomas Meighan; 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Motte); 19. *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico*—Mossen Janot—, (postal de Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (postal de Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (postal de Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (postal de Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (postal de Laura La Plante); 25. *La torre de Nesle* (extraordinario); postal de Lon Chaney; 26. *El escándalo del pueblo* (postal de Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (postal de Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (postal de Roy Stewart); 29. *No hay fuego sin trampa* (postal de Virginia Valli).

PUBLICACIONES DE "EL CINE"

La Dama de las Camelias

Adaptación a la pantalla de la inmortal obra de Dumas, realizada por Alla Nazimova y Rodolfo Valentino; 68 páginas de nutrida lectura con profusión de fotograbados. 50 céntimos.

Para ser bella

Utilísimo volumen que contiene interesantes consejos escritos por las más célebres artistas cinematográficas indicando el modo de adquirir y conservar la belleza, con lecciones prácticas de maquillaje, mani-

cura, preceptos higiénicos, recetario, etc., etc., con magníficos grabados. — Precio : 2 pesetas.

Almanaques de «El Cine» de 1923 y 1924

Curiosos volúmenes llenos de artículos e informaciones de interés para los aficionados. — Precio : 1'50 pesetas.

Historia de Mussolini y del fascismo

Estudio acabadísimo de la figura del eminente estadista. Su vida y su obra. Fundamentos espirituales e ideario político del fascismo. — Precio : 30 cént.

Novelas

Amenísima colección de la famosa autora Carlota M. Braeme publicadas en la revista *El Cine* :

Dora. — *Corazón de oro*. — *Azuena*. — *Casada con dos maridos*. — *Por el pecado ajeno o lucha de amor*. — Precio : 2 pesetas tomo.

Cantares

Tomo I. — 500 cantares amorosos (declaraciones, ternezas, requiebros, ponderaciones y serenatas).

Tomo II. — 500 cantares alegres (burlas, desprecios, desdenes, baturradas y disparates). — Precio : 1 peseta tomo.

Para ser artista de cine

De gran interés en el que el gran trágico Sidney y el incomparable cómico Charlot explica los secretos para triunfar en el arte mudo. (Agotado).

Antonio Moreno

Detallada e interesante información de la trágica agresión de que fué víctima el popular actor cinematográfico en Los Angeles (California). (Agotado).

Argumentos de películas

El lirio púrpura. — Prueba trágica. — Marcela. El circo de la muerte. — El bucle de oro. (Agotados).

Los reyes en la intimidad

Lujoso libro con cubiertas a todo color e interesantes fotografías, biografías, anécdotas y aventuras galantes de los reyes. Muy interesante, muy entretenido y completamente histórico. (Agotado).

Música

36 cuadernos lujosamente editados de «Música Popular» con más de 700 páginas de música de gran éxito en los últimos años : 30 pesetas.

45 álbumes de *El Cine* conteniendo unas 700 composiciones musicales muy populares : 35 pesetas.

Cuentos de Vida y Amor

Interesantísima colección de cuentos y novelitas sentimentales del ilustre escritor Vicente Díez de Tejada. — Precio : 3'50 pesetas.

Album n.º XXXVI de Música Popular

Dedicado al célebre y genial Alvaro Retana, que es a la vez un músico notable, exquisito y un artista de renombre universal. — Precio : 2 pesetas.

EN PRENSA

Cantares

Tomo III. — 500 cantares tristes (penas, ausencia, celos, desengaños, carceleras, soledades y saetas).

Manual de técnica cinematográfica

Indispensable tomo para los artistas, aficionados, técnicos y cuantos se preocupen por la cinematografía en todos sus aspectos. Contiene interesantísimos detalles acerca del origen del cinematógrafo, la cámara toma vistas y sus accesorios, la película virgen, el «studio», el artista, los trucos, el argumento, el laboratorio, la proyección, la electricidad y el cine ; directorio de manufacturas, directores y artistas, etc., etc.

Adquiera usted inmediatamente la colección de

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de EL CINE, Pelayo, 62, Barcelona.

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En el próximo número de esta popular revista que aparecerá el sábado, día 1 de noviembre se publicará la adaptación novelesca de la magnífica película marca Goldwyn,

Bajo la púrpura cardenalicia

que no pudimos publicar en el número de «Obras Maestras del Cine» correspondiente al día 11 de octubre, como habíamos anunciado, por no estar completa aún en Barcelona dicha película.

Bajo la púrpura cardenalicia

es una interesante novela de carácter histórico en la que se describe magistralmente un episodio de la vida del cardenal Richelieu, el hombre que con su talento y su sagacidad dominó a Francia durante un largo período de tiempo.

Postal de Frank Mayo.

Concesionario exclusivo de venta para España

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125

BARCELONA

Dentro de breves días

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

publicará el primer volumen de su colección de superproducciones con la adaptación novelesca de la grandiosa película:

LA TRAGEDIA DEL "FOLIES BERGERES"

Un tomo de 128 páginas, lujosamente encuadernado, 1 peseta.

Imp. GARROFÉ: Villarroel, 12 y 14. - BARCELONA

L'ea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»
Pelayo, 62-Teléf. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14.